AMADO NERVO

EL PAÍS EN QUE LA LLUVIA ERA LUMINOSA Y OTROS CUENTOS MISTERIOSOS



El país en que la lluvia era luminosa y otros cuentos misteriosos

Amado Nervo



AMADO NERVO

EL PAÍS EN QUE LA LLUVIA ERA LUMINOSA Y OTROS CUENTOS MISTERIOSOS



Amado Nervo

Nació en la ciudad de Tepic, Nayarit, México, el 27 de agosto de 1870. Fue poeta, escritor de novelas, cuentos y ensayos perteneciente a la corriente literaria modernista, además, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

Su fama como escritor inicia con la publicación de su primera novela *El bachiller* en 1896 y de sus libros de poesía *Perlas negras* y *Místicas* en 1898. De esta manera, continúa su carrera, principalmente como poeta, con obras como *Poemas* (1901), *El éxodo y las flores del camino* (1902), *Lira heroica* (1902), *Las voces* (1904), J*ardines interiores* (1905), *En voz baja* (1909), *Serenidad* (1915), *Elevación* (1917); asimismo, publicó libros en prosa como *Juana de Asbaje* (1910), ensayo biográfico acerca de Sor Inés de la Cruz, *Ellos* (1912), *Mis filosofías y plenitud* (1918), *Almas que pasan* (1906), *Cuentos misteriosos* 1921), entre otros.

Fallece en Montevideo, Uruguay, el 24 de mayo de 1919.

El país en que la lluvia era luminosa y otros cuentos misteriosos
Amado Nervo

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL PAÍS EN QUE LA LLUVIA ERA LUMINOSA

Después de lentas jornadas a caballo por espacio de medio mes y por caminos desconocidos y veredas sesgas, llegamos al país de la lluvia luminosa.

La capital de este país, ignorado ahora, aunque en un tiempo fue escenario de claros hechos, era una ciudad gótica, de callejas retorcidas, llenas de sorpresas románticas, de recodos de misterio, de ángulos de piedra tallada, en que los siglos acumularon su pátina señoril, de venerables matices de acero.

Estaba la ciudad situada a la orilla de un mar poco frecuentado; de un mar cuyas aguas se deben a bacterias que viven en la superficie de los mares, a animálculos microscópicos que poseen un gran poder fotogénico, semejante en sus propiedades al de los cocuyos, luciérnagas y gusanos de luz.

Estos microorganismos, en virtud de su pequeñez, cuando el agua se evapora, ascienden con ella, sin dificultad alguna. Más aún: como sus colonias innumerables son superficiales, la evaporación las arrebata por miríadas, y después, cuando los vapores se condensan y viene la lluvia, en cada gota palpitan incontables animálculos,

pródigos de luz, que producen el bello fenómeno al que se hace referencia.

A decir verdad, el mar a cuyas orillas se alzaba la ciudad término de mi viaje no siempre había sido fosforescente. El fenómeno se remontaba a dos o tres generaciones. Provenía, si ello puede decirse, de la aclimatación en sus aguas de colonias fotogénicas (más bien propias de los mares tropicales), en virtud de causas térmicas debidas a una desviación del *Gulf stream*, y a otras determinantes que los sabios, en su oportunidad, explicaron de sobra. Algunos ancianos del vecindario recordaban haber visto caer, en sus mocedades, la lluvia oscura y monótona de las ciudades del norte, madre del esplín y de la melancolía.

*

Desde antes de llegar a la ciudad, al pardear la tarde de un asoleado y esplendoroso día de julio, gruesas nubes, muy bajas, navegaban en la atmósfera torva y electrizada.

El guía, al observarlas, me dijo:

—Su merced va a tener la fortuna de que llueva esta noche. Y será un aguacero formidable.

Yo me regocijé en mi ánima, ante la perspectiva de aquel diluvio de luz…

Los caballos, al aspirar el hálito de la tormenta, apresuraron el paso monorrítmico.

Cuando aún no trasponíamos las puertas de la ciudad, el aguacero se desencadenó,

Y el espectáculo que vieron nuestros ojos fue tal que refrenamos los corceles y, a riesgo de empaparnos como una esponja, nos detuvimos a contemplarlo.

Parecía como si el caserío hubiese sido envuelto de pronto en la terrible y luminosa nube del Sinaí…

Todo en contorno era luz; luz azulada que se desflecaba en las nubes en abalorios maravillosos; luz que chorreaba de los techos y era vomitada por las gárgolas, como pálido oro fundido; luz que, azotada por el viento, se estrellaba en enjambres de chispas contra los muros; luz que con ruido ensordecedor se despeñaba por las calles

desiguales, formando arroyos de un zafiro o de un nácar trémulo y cambiante.

Parecía como si la luna llena se hubiese licuado y cayese a borbotones sobre la ciudad…

Pronto cesó el aguacero y traspusimos las puertas. La atmósfera iba serenándose.

A los chorros centellantes había sustituido una llovizna diamantina de un efecto prodigioso.

A poco cesó también esta y aparecieron las estrellas, y entonces el espectáculo fue más sorprendente aún: estrellas arriba, estrellas abajo, estrellas por todas partes.

De las mil gárgolas de la Catedral caían todavía tenues hilos lechosos. En los encajes seculares de las torres brillaban prendidas millares de gotas temblonas, como si los gnomos hubiesen enjoyado la selva de piedra. En los plintos, en los capiteles, en las estatuas posadas sobre las columnas; en las cornisas, en la calada de las ojivas, en todas las salientes de los edificios, anidaban glóbulos de luz mate. Los monstruos medievales, acurrucados en actitudes grotescas, parecían llorar lágrimas estelares.

Y por las calles inclinadas y retorcidas, como un dragón de ópalo fundido, la linfa brillante huía desenfrenada, saltando aquí en cascadas de llamas lívidas, bifurcándose allá, formando acullá remansos aperlados en que se copiaban las eminentes siluetas de los edificios, como en espejos de metal antiguo…

Los habitantes de la ciudad (las mujeres, sobre todo), que empezaban a transitar por las aceras de viejas baldosas ahora brillantes, llevaban los cabellos enjoyados por la lluvia cintiladora.

Y un fulgor misterioso, una claridad suave y enigmática se desparramaba por todas partes.

Parecía como si millares de luciérnagas caídas del cielo batiesen sus alas impalpables.

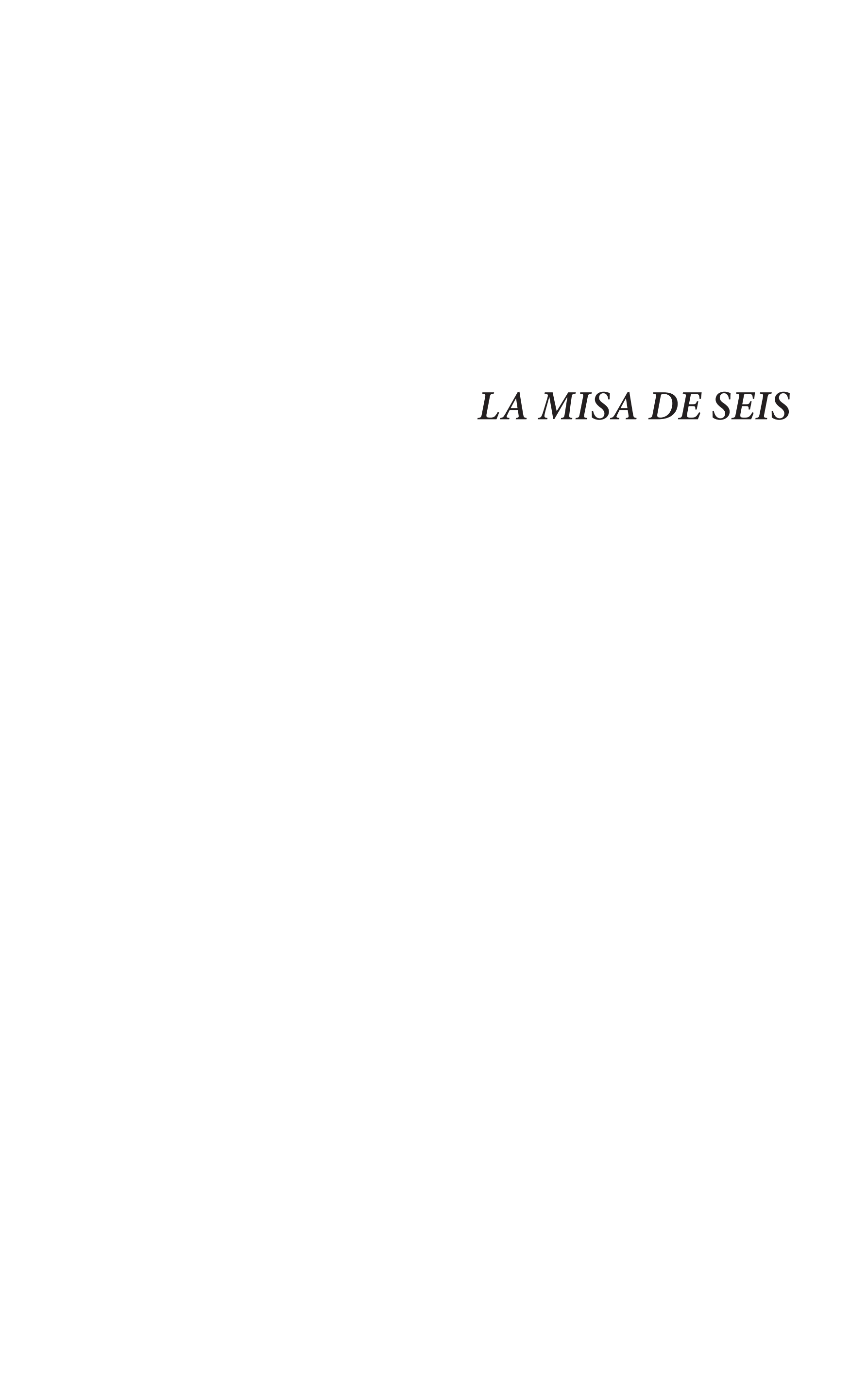
Absorto por el espectáculo nunca soñado, llegué sin darme cuenta, y precedido siempre de mi guía, al albergue principal de la ciudad.

En la gran puerta, un hostelero obeso y cordial me miraba sonriendo y avanzó complaciente para ayudarme a descender de mi cabalgadura, al tiempo que una

doncella rubia y luminosa como todo lo que la rodeaba, me decía desde el ferrado balcón que coronaba la fachada:

—Bienvenida sea su merced a la cuidad de la lluvia luminosa.

Y su voz era más armoniosa que el oro cuando choca con el cristal.



LA MISA DE SEIS

I

Se abrió sin ruido la vidriera y Juanito, que, medio oculto en el marco de un zaguán de la acera opuesta, se impacientaba a fuerza de esperar, sintió que el corazón le daba un vuelco: dejó su escondite y fue a colocarse rápidamente al pie del balcón.

Del fondo oscuro de este se destacó entonces una figura esbelta, de contornos puros, se reclinó sobre el calado barandal y con voz que parecía un susurro dijo al galán, que se había vuelto todo ojos y oídos:

—No puedo hablarte; María se halla en la sala y es fácil que nos oiga; está muy misteriosa hoy, no me pierde de vista; mañana nos veremos en Catedral, en la misa de seis.

Dichas estas palabras, la figura de contornos puros se desvaneció en la sombra y la vidriera se cerró levemente.

Juanito, frotándose las manos de gusto, se alejó de la calle a tiempo que los focos eléctricos, tras un rápido

guiño, inundaban de luz pálida las aceras y los relojes públicos daban las seis.

No había doblado aún la esquina cuando entró a la calle, por opuesto rumbo, otro joven que fue a detenerse en el mismo sitio que había servido de refugio al anterior.

La cortinilla del balcón de enfrente se descorrió de nuevo y un par de ojos muy negros atisbaron por un momento el exterior.

A poco las vidrieras volvieron a abrirse, surgió otra vez de la sombra una figura de mujer, e inclinándose graciosamente sobre el barandal, al pie del cual estaba el oso mencionado, dijo a este, *sotto voce*:

—No puedo resolverle hoy nada; Ana está en la pieza inmediata y pudiera oírnos; vaya mañana a misa de seis a Catedral...

II

Dieron las nueve en el reloj de bronce que pendía de uno de los muros de la elegante salita donde Ana y María, pasada la cena, conversaban fríamente, en tanto que doña Luisa, madre de las niñas, leía un voluminoso tomo de novelas cerca de un elegante velador de metal dorado con cubierta de mármol.

Aún no se extinguían las vibraciones de la última campanada del reloj, cuando Ana se puso de pie y entre bostezo y bostezo dijo a su hermana:

—Tengo sueño y voy a recogerme, no sea que mañana no pueda levantarme temprano para ir a misa.

—Pues ¿qué misa piensas oír? —replicó María con voz temblorosa.

—La de seis en Catedral.

María se puso pálida y murmuró apenas:

—Me despiertas para ir contigo.

—No; no alcanzo a hacerlo; tú irás, como de costumbre, a la de once.

—Pero si yo quiero ir a la de seis —repuso María haciendo pucheros.

—Hace mucho frío...

—No importa...

Ana se puso seria:

—¡Miren la madrugadora! —exclamó con voz irritada—. Se levanta diariamente a las ocho y ahora le ha venido el capricho de mañanear.

—Es que después no me ajusta el tiempo para nada...

—Pues me alegro; lo que es yo no te hablo.

—Le diré a Juana que lo haga.

—¿Y qué empeño es ese...?

—Niñas, niñas —dijo por fin doña Luisa, dejando el libro sobre la mesa y pasándose el índice por los ojos—, ya basta de réplica; irán las dos a misa de seis.

Ana y María se retiraron a su alcoba, y una vez ahí, mientras desataban el pelo rizo que caía en opulentas ondas sobre los hombros y sustituían el traje de casa por el blanco ropaje de lino que velar debía sus formas puras durante el sueño, Ana dijo a su hermana:

—Qué insistencia en ir a la misa de seis. Me parece sospechosa.

—Pero ¿qué tiene de particular?

—¡Ah, hipocritona! ¿Cuánto apostamos a que tienes novio?...

—Te juro que no...

—Si te lo creyera...

—Por esta cruz...

—Mira, yo, como hermana mayor, debo aconsejarte: una niña como tú no puede andar en esas cosas... Los

hombres son muy malos; pórtate muy juiciosamente y no vayas a misa de seis.

María tomó a su vez la revancha:

—Y tú, ¿por qué tienes tanto empeño en ir sola?

—Siempre voy así...

—Es que hablas en el atrio con...

—¡Mentiras!

—Qué dirán los que te vean; una señorita como tú debe ser correcta en todo.

—Estás hoy muy tonta...

—Y tú...

—Que pases buenas noches.

—Buenas noches.

Momentos después, ambas, acurrucadas en la cama, fingían dormir; la luz, tamizada por el cristal cuajado de

la lámpara, acariciaba apenas los cortinajes de los lechos, dejando hundido el resto del mobiliario en deliciosa penumbra, y el ángel del silencio, con el índice sobre los labios, cobijaba con sus alas aquel par de cabecitas blandas y soñadoras.

Una murmuraba en voz muy baja:

—Le hablaré a pesar de todo.

Y María pensaba en tanto:

«¿Por qué dirá mi hermana que los hombres son malos? Él parece tan bueno... Ea, dejemos el miedo... ¡Le hablaré mañana!».

III

Surgió el alba llena de sonrojos; invadió el espacio con tonos rosa y un rayito juguetón rio en los cristales y entró tímidamente a la alcoba.

Las campanas de los templos repicaban alegremente como diciendo a los devotos: «ven», y los devotos acudían presurosos al llamado de la broncínea voz, murmurando: «voy».

Despertó Ana, se vistió rápidamente, sin hacer ruido y con paso quedo salió de la alcoba y pidió el coche; ya estaba listo, y al subir se halló instalada en él a su hermana.

No había remedio; la compañía era forzosa y Ana disimuló su impaciencia: ya procuraría escabullirse bonitamente en el momento oportuno.

María se proponía hacer lo mismo.

Cuando llegaron a Catedral, empezaba la misa en el altar del Perdón.

Se arrodillaron las hermanas a regular distancia una de otra; abrieron sus devocionarios, y cuando Ana estuvo segura de que María no podía verla y María creyó otro tanto respecto de Ana, se levantaron ambas, y cada una por rumbo opuesto se dirigió a la puerta del costado derecho del gran templo.

En el atrio esperaban los osos, graves, serenos, inamovibles…

Y sucedió que al trasponer las dos hermanas los dinteles de la puerta volvieron el rostro por ver si alguien las observaba, y... se encontraron una enfrente de la otra.

Intensa palidez cubrió sus semblantes; luego una oleada de sangre los coloreó, y con voz casi ininteligible, murmuró María:

—Me sentí mala y salí en busca de aire.

Y Ana, en el mismo tono:

—Lo advertí, y temiendo que te pasara algo, salí a mi vez en tu seguimiento.

Y sin esperar a que concluyese la misa cruzaron las naves, salieron al atrio principal y tomaron el coche, diciendo al automedonte con displicente voz:

—¡A casa!

En el camino casi no hablaron; solo al aproximarse a su morada entablaron el siguiente breve diálogo:

MARÍA.— No vuelvo a misa de seis.

ANA.— Ni yo...

MARÍA.— Hace mucho frío, y...

ANA.— Pues, y...

Y no volvieron, en efecto, a misa de seis.



EL LEÓN QUE TENÍA DIGNIDAD

Los autores primitivos, guiados por apariencias engañosas, por analogías vagas, atribuyeron a los animales cualidades y defectos que están muy lejos de tener. La melena del león, su aspecto majestuoso, les sugirió la idea de ofrecerle el cetro y la corona de los irracionales, y lo hicieron rey, sin que él se diese cuenta de tamaña dignidad ni pareciese importarle un ardite; y lo literaturizaron, y lo esculpieron en mármoles, y lo fundieron en bronces, y lo grabaron en los sellos reales, y estamparon su silueta en escudos, en banderas, en estandartes, y lo troquelaron con las monedas, a lo cual se debe, por cierto, en España, que los cuartos se llamen «perros gordos» y «perros chicos», por una de esas ironías que suelen perpetuarse.

Pero vinieron los naturalistas modernos y rectificaron desdeñosamente la mayor parte de los conceptos legendarios que a las bestias se refieres. El león, tan exaltado antes, fue deprimido con pasión; ni era valiente, ni era tan fuerte como se creyó, ni merecía en modo alguno el cetro.

Se le negó, pues, la majestad real, que casi por derecho divino se creía otorgada, y quién estimó que

debía conferírsele al toro (que jamás mostró miedo a nada ni a nadie, que lo mismo embiste a un hombre, a un paquidermo o a una locomotora), quién pretendió que merecía la realeza el elefante, que, tras de ser el más fuerte de todos los animales, era el más inteligente y el más noble.

La verdad, en esto como en todas las cosas, a semejanza de la virtud, no estaba en los extremos, sino en el medio: *in medio stat peritas*. El león no era, ciertamente, el más fuerte de los animales; pero poseía algo merecedor de la realeza con que lo habían obsequiado los antiguos, algo que muchos hombres, muchísimos, suelen no tener: la dignidad.

De ello ha dado pruebas en ocasiones muy diversas, y últimamente yo he sabido un hecho que ha aumentado notablemente mi estimación por el viejo rey, moviéndome, en mi humilde fuero, a acatarlo de nuevo como a monarca.

*

Es el caso que, hará apenas seis meses, un grande de España, cazador *par devant l'éternel*, de los más perseverantes y resueltos, hizo un viaje al Atlas, con el ánimo decidido de matar algunos pobres leones, que después, disecados, con las enormes fauces abiertas, serían ornato de su museo cinegético.

Una tarde, estando él, con algunos otros cazadores, en acecho frente a una colina boscosa en la falda (donde había guaridas de leones) y pelada en la cima, de pronto un espléndido ejemplar salió de su refugio y ascendió hacia la pequeña eminencia. Apenas la fiera había dado algunos pasos fuera de los árboles y matorrales, cuando descubrió a los cazadores. Su olfato y su mirada avizora se los mostraron en seguida.

Un sol… africano, naturalmente, iluminaba la escena.

El león pudo y «debió», en cuatro saltos elásticos, vigorosos, ponerse a salvo de los magníficos fusiles de precisión, cuyos efectos conocía, merced a la terrible experiencia acumulada por el genio de la especie... Los

cazadores esperaban esto, y apuntaban ya, teniendo en cuenta la movilidad de la bestia...

Pero entonces, con pasmo da todos, aconteció algo extraordinario: el león, «que sabía que era visto» por tantos ojos de hombres, ¡tuvo vergüenza de huir! Un sentimiento estupendo de dignidad se sobrepuso en él al pánico de la bala explosiva y certera, que no perdona, y pausada, majestuosamente, ascendió la colina, volviendo a cada paso la cabeza para mirar a sus enemigos...

No quería, no, que lo viesen correr... Aquellos instantes supremos ponían en su corazón, sin duda un temblor formidable: la muerte, a cada instante, lo amagaba..., mas él seguía ascendiendo lenta, muy lentamente.

Cuando llegó a la cúspide, empezó a descender, con la misma lentitud, hasta que juzgó que «ya no lo veían», y entonces, encomendó todo el resorte de sus músculos poderosos, dio un salto, dos saltos... y se perdió en los declives de la parte opuesta de la loma. ¡Quizá con un sentimiento inmenso de liberación!

La dignidad estaba a salvo; ya podía escapar.

Los cazadores, conmovidos ante aquella actitud tan clara, tan bella, tan poco humana, no habían disparado. ¡El león obtuvo gracia de la vida, merced a la sugestión de su maravillosa dignidad!


EL CASTILLO DE LO INCONSCIENTE

El castillo de lo inconsciente se yergue sobre una roca enorme, aguda y hosca, rodeada de abismos. Entre la roca y la montaña vecina, se derrumba el agua torrencial que luego se arrastra, allá en el fondo lóbrego...

Su estruendo se oye de lejos, sordo y hasta apacible, y sus espumas, fosforescentes desde la altura, se adivinan en las tinieblas.

Por dondequiera, como guardia de honor de la toca, se levantan agujas ásperas, dientes pétreos, y se erizan matorrales de espinos.

Pero en las noches de luna con qué arcano prestigio radian, en lo alto, los vitrales del castillo divino en que mora la paz...

Solo pueden escalar tu morada eminente los que han sagrado en todos los colmillos rocosos, los que se han herido en todos los espinos...

Yo era de estos. Yo merecía habitar la mansión del sosiego, y una noche apacible, guiado por el celeste faro lunar, emprendí la ascensión al castillo.

Sobre una robusta rama inclinada, atravesé el torrente. Varias veces el vértigo estuvo a punto de vencerme. La corriente rabiosa hubiera destrejado mis miembros; la colérica espuma me habría cubierto con su rizada y trémula blancura...

Pero yo miraba a lo alto, al castillo, que mansamente se iluminaba en el picacho gigantesco y una gran esperanza descendía hasta mi corazón y me daba aliento.

Salvado el abismo, hube de escalar la roca.

¡Ay! ¡Cuántas veces en sus asperezas me herí las rodillas y las manos! ¡Cuántas otras me vi en peligro de caer al torrente que, como dragón retorcido y furioso, parecía acecharme!... Sus espumas llegaban, hasta mí, humedeciendo mis destrozadas ropas.

Pero mi anhelo de llegar al castillo era demasiado intenso para no triunfar; y, muy avanzada ya la noche, franqueaba yo por fin los últimos obstáculos y me encontraba en la breve explanada que precedía a la gótica mole.

Una mansa lluvia de luna caía sobre aquel espacio abierto. La imponente masa, a su imprecisa luz, era con sus torreones, sus almenas, sus ojivas, sus terrazas, sus techos agudos, más bella que todos los ensueños.

¡Con qué temblor llamé a la puerta! ¡Cómo resonó en el silencio el aldabón!

Esperé... no sé cuántos minutos...

Oía mi corazón golpearme el pecho como un sordo martillo.

De muy lejos venía a mis oídos el rumor confuso del torrente.

Allá, en la hondura, se adivinaba un océano informe de sombras y de luces, y el hervidero de plata de las aguas...

Por fin, la puerta se abrió dulcemente, y una figura pálida, envuelta en un manto blanco, apareció en el umbral.

—La paz sea contigo —me dijo—. ¿Qué buscas aquí, extranjero?

—Ese don santo que acabas de desearme —le respondí—; la Paz.

—¿De dónde vienes?

—De lo más hondo de aquellos abismos —y le señalé con un amplio gesto la perspectiva lejana—. He sangrado en todos los espinos... Me he desgarrado en todas las rocas... Conozco el filo de todos los guijarros.

—¿Sabes lo que encontrarás aquí?

—El paraíso del no pensar...

—¿No te asusta la inconsciencia?

—La ansío. Allá abajo, las breves horas se sueño eran mi bien único...

—Tus más bellas ideas, tus más luminosas imágenes se extinguirán para siempre. Nunca más sonará en tu oído la deleitosa melodía de las rimas; nunca más el choque

de los conceptos vibrará en tu cerebro. Tu memoria no descorrerá ya sus telones de luz amable o trágica... Será como si te hubieses bañado en el Leteo, como si gustases la flor del olvido en la isla de los Lotófagos...

—Eso quiero.

—Los seres que amaste no vivirán ya en tu recuerdo su vida vagarosa de fantasmas...

—Los enterraré para siempre.

—Ni siquiera té acordarás de tu nombre; tu personalidad naufragará eternamente en este océano de la total amnesia.

—Pero seré feliz.

—Lo serás, pero sin saber que lo eres, sin darte cuenta de tu suprema ventura… Esta es la divina ciudad del Nirvana de que habla el Buda. Este es el albergue del silencio interior; este es el sosegado sueño del yo. Aquí, toda individualidad se diluye como la gota de agua en el mar... Aquí, el maya tenaz desaparece: aquí todo es idéntico con el Todo; la relación de tu ser con el Universo

acaba... El ser y el no ser son una misma cosa... Aún es tiempo; vuelve a pasar la explanada y desciende hacia el dolor, que hiere y maltrata, pero individualiza... Baja hacia el torrente; arrástrate de nuevo entre las rocas. Duro es el arrastrarse, pero quien se hace mal eres tú; mientras que aquí el bien nos satura, pero tú ya no existes. En el Bien estás, mas el Bien no está en ti.

...¡Vacilé! ¡Oh, mísero apego al yo, cadena que nos liga con tantos eslabones al mundo de la ilusión; fuiste más fuerte que el anhelo de paz!

...El hombre blanco notó mi vacilación, inclinó melancólicamente la cabeza; fue cerrando con suavidad la puerta..., la puerta que da acceso al divino ignorar..., y me dejó allí, solo con la luna...

Torné a bajar hacía el torrente.

Más duro era el descender que había sido el subir. Los filos de las rocas herían con mayor encono.

La luna descendía ya como un dios triste, aureolado de plata, hacia su ocaso.

Allá en lo alto, cada vez más en lo alto, los vitrales del castillo brillaban misteriosamente...

Con la herida y ensangrentada diestra, envié un supremo beso de amor y de dolor a la morada excelsa, al paraíso perdido...

Y heme de nuevo en la otra orilla del torrente. Heme de nuevo entre los espinos. Héroe de nuevo en el Hosco Valle del Pensamiento y del Dolor.

LA GOTA DE AGUA QUE NO QUERÍA PERDER SU «INDIVIDUALIDAD»

Por la noche, en el verano, a partir de las doce pueden regarse los tiestos.

Se supone que a las doce —y se supone mal— nadie pasará ya bajo los balcones enmacetados de Madrid; pero si pasa, y ese abrupto en riego helado cae sobre su cabeza, ni tiene derecho a quejarse, ni vale la pena, porque el agua, aun así, es bienvenida en pleno agosto.

Las flores, «por su parte», es indecible lo que gozan con ese riego nocturno, cuya frescura se perpetúa, sobre todo en los balcones de Luis, que miran al poniente, hasta bien entrada la mañana.

El otro día, a las doce, sobre el pétalo aterciopelado de una rosa, como sobre la tela de un estuche, radiaba aún una gruesa gota de agua. Había pasado allí buena parte de la noche, fresca por excepción, dejándose penetrar por la luna.

Un viento suave la balanceaba en su hamaca olorosa de seda.

Pero avanzaba la mañana. El dios trasponía ya el meridiano, y una saeta de oro del arquero divino hirió en pleno corazón a la gota, tocándola en chispa maravillosa.

Luis, que de antaño comprende el lenguaje del agua, como el sultán Mahmoud comprendía a los pájaros, oyó quejarse a la gota, la cual decía entre suaves quejumbres:

—Tengo miedo, ¡ay!, tengo miedo. Siento que empiezo a evaporarme... ¡Oh, sol, no me beses, por Dios! Tus besos hacen un espantoso daño. Me penetran toda, me abrasan, me disgregan... Yo no quiero deshacerme, no quiero volatilizarme... ¡No quiero perder mi individualidad!... ¿Entiendes, oh, sol? No quiero perder mi individualidad.

«Yo reflejo a mi modo la naturaleza. Soy un pequeño ojo cristalino, muy abierto, que la ve, que la admira desde este nido de terciopelo, desde esta cuna suave y bienoliente. Llevo ya muchas horas divinas de vida harmoniosa. Durante buena parte de la noche he reflejado la luna. He sido ya una perla, un zafiro místico, ya una turquesa celeste. Después, la bóveda se ha pintado de un amarillo suave, y yo me he vuelto topacio. A poco el cielo se tiñó de rosa, y he sido rubí. Ahora soy diamante. Y cuando las hojas del rosal se miran en mi espejo para

contemplar su traje nuevo, recién cortado en punta, me convierto en esmeralda.

No me beses, ¡oh, sol! No sabes besar: haces mucho daño. No eres como la luna. Ella sí que sabía besar blandamente: al fin, mujer. Tú te pareces a un hombre sanguíneo, tosco y premioso.

¡Ay!, siento que me deshago, que me desvanezco, que me pierdo...

Sí, comprendo que eso de la transparencia absoluta es una cosa muy buena; que ser parte de la atmósfera húmeda es cosa muy conveniente; que flotar, volar, es cosa muy apetecible. Comprendo también que un poco de frío puede condensar mi humedad, y entonces ser yo parte mínima de una nube de esas que he visto pasar por la mañana y que parecen cuentos y milagros... Todo eso, sin duda, es bueno. Pero yo dejaría de ser gota, de ser gotita diáfana y temblorosa que soy: esta gotita acurrucada en el pétalo de una rosa, ¡y no quiero perder mi individualidad!

¡Ay! ¡Ay!, que daño me haces..., ¡oh, sol! Ya no me beses, ya no me be...ses. Yo soy u...na gotita... de agua...,

una lu...mi...no...sa go...tita de agua... sobre un rosa..., sobre una ro...».

Estas fueron las últimas palabras de la gotita trémula que brillaba sobre el pétalo de una rosa en el balcón de Luis.

El sol, brutal y sordo como la muerte, había hecho su obra.

LA SERPIENTE QUE SE MUERDE LA COLA

—Me pasa frecuentemente, doctor —dijo el enfermo—, que al ejecutar un acto cualquiera me parece como que ya lo he ejecutado.

No sé si usted experimenta alguna vez esta sensación tan rara y penosa. Hay amigos que me afirman, quizá por consolarme, que a ellos les sucede otro tanto, de vez en cuando. Pero en mí, el caso es frecuentísimo. Hablo, y apenas he pronunciado una frase, recuerdo, con vivacidad punzante, que ya la he pronunciado otra vez. Veo un objeto, e instantáneamente me doy cuenta de que ya lo he mirado de la misma suerte, con la misma luz, en el mismo sitio... Le aseguro, doctor, que esto se vuelve insoportable. Acabaré en un manicomio...

—Ahora mismo —prosiguió— siento, recuerdo, estoy seguro de que ya, en otra u otras ocasiones, he descrito mi enfermedad a usted; sí, a usted, en iguales términos, en la misma habitación esta... Usted sonreía, como sonríe ahora. ¡Es horrible! Hasta el chaleco de piqué labrado que lleva usted lo llevaba entonces. Todo igual.

La teoría de las reencarnaciones pudiera dar una sombra de explicación al caso; pero solo una sombra; porque si he vivido ya otras vidas, han sido diferentes... en distintas

épocas, con distintos cuerpos. ¿Por qué entonces veo las mismas cosas?

El doctor se acarició la barba (que usaba en forma de abanico). Esto de acariciarse la barba es un lugar común que viene muy bien en las narraciones... Se acarició la barba y empezó así:

—El caso de usted, amigo mío, es demasiado frecuente, aunque en esta vez acuse una intensidad poco común, tiene dos explicaciones: una fisiológica y otra filosófica. Según la primera, el sensorio de usted, instantánea, mecánicamente, registra los fenómenos exteriores, que le transmiten las neuronas. Lo que usted ve u oye queda fijado en su cerebro con rapidez extraordinaria, gracias a una sensibilidad especial; pero queda registrado sin que usted se dé cuenta de ello. Ahora bien; después de este registro (una fracción de segundo después), usted se entera de que ve un objeto, de que oye una frase, ya vistos y oídos a hurtadillas de su conciencia. Entonces, naturalmente, la memoria de usted se acuerda de la impresión anterior (aunque sea en esa fracción de segundo) a la otra, y este recuerdo le proporciona a usted la sensación de duplicidad de la que me habla. Por tanto

—concluyó el doctor—no debe alarmarse. El fenómeno, en suma, solo prueba la excelente conductibilidad de sus células nerviosas, la diligencia con que se opera la transmisión de sensaciones entre los sentidos y el cerebro, y significa que tiene usted una naturaleza privilegiada, que responde admirablemente a toda solicitud exterior.

El enfermo, visiblemente tranquilo, dejó oír un suspiro de satisfacción.

—¿Y la segunda explicación, doctor? —preguntó.

—La segunda explicación es un poco más honda... Nos la da todo un sistema filosófico, cuyos patrocinadores han sido hombres de la talla de un Federico Nietzsche, un Gustavo el Bon y un Blanqui. Puede sintetizarse así: «Dado que el tiempo es infinito, y que el número de átomos de los cuales se compone la materia es limitado, se deduce que los mismos sistemas de combinaciones deben fatalmente reproducirse»; es decir, que el sistema de combinaciones que, al cabo de más o menos milenarios, le permitió a usted nacer y vivir, tiene que volverse a dar *afortiori*, al cabo de un número *n* de siglos, de milenarios, de períodos, de ciclos, de lo que usted guste, ya que, matemáticamente, esas combinaciones,

por numerosas que usted las suponga, no son infinitas. ¿Me entiende usted?

—Sí, doctor, perfectamente; pero eso que usted dice es estupendo.

—Estupendo y lógico, amigo mío.

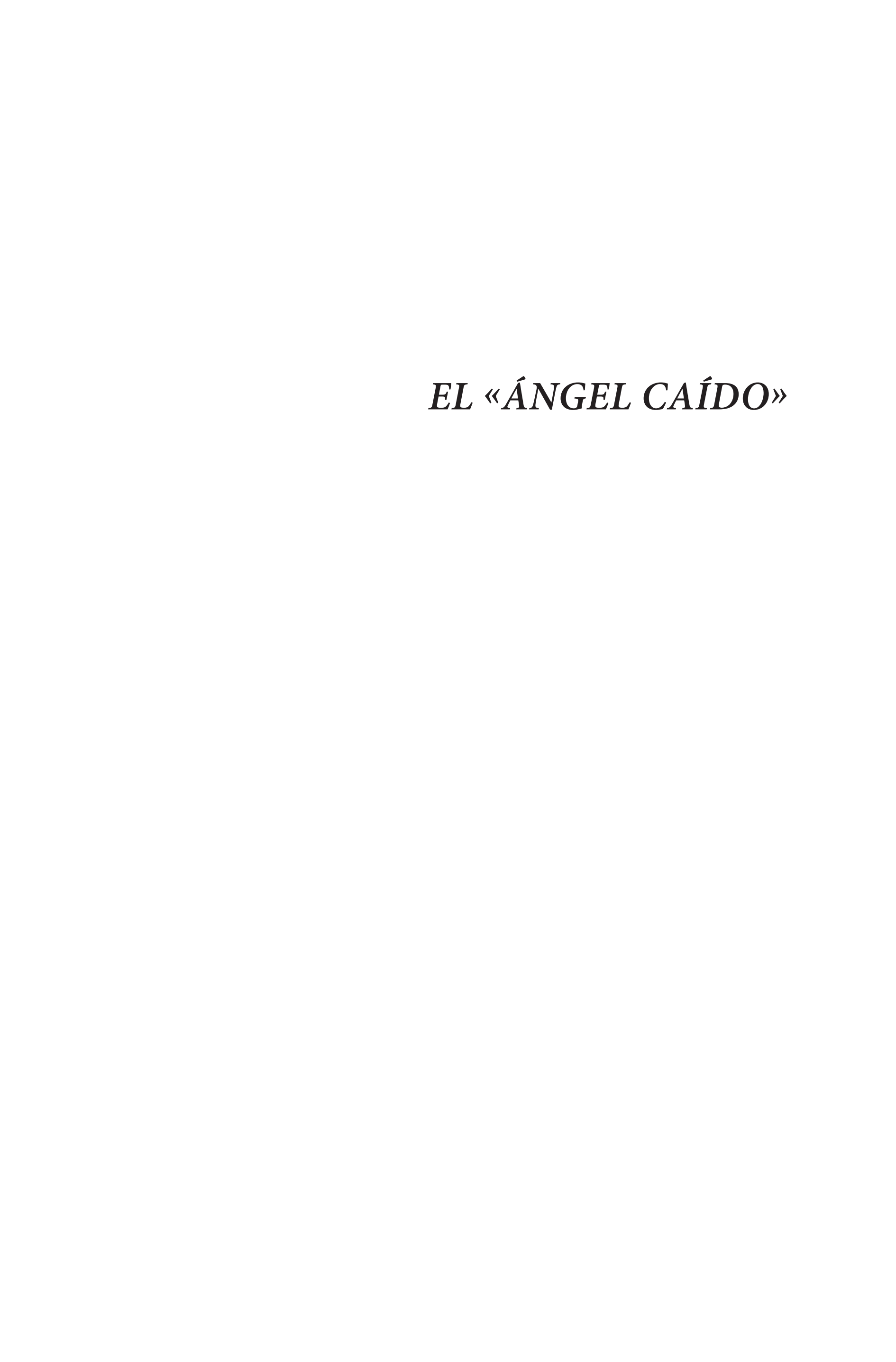
El gran Flammarion, en una de sus más sugestivas páginas, supone que, dada la infinidad de mundos, puede formarse en la infinidad del espacio un planeta idéntico al nuestro, donde acontezcan idénticas cosas; que pase por idénticos períodos geológicos, para reproducir la historia de los hombres, sin una tilde de menos. En ese planeta vuelven a guillotinar a Luis XVI, el 21 de enero de 1793.

...Pero no es necesario ampliar la hipótesis. La teoría ortodoxamente científica, absolutamente matemática de lo limitado de las combinaciones atómicas, nos lleva, aun sin salir de este mundo que habitamos, a la inevitable conclusión de que el concurso de infinitamente pequeños que, dadas tales o cuales circunstancias produjo al hombre llamado Pedro o Juan, ha producido ese mismo

hombre *n* veces en la sucesión de los tiempos... y lo producirá todavía...

Así, pues, usted como yo, como todos, ha vivido, quién sabe cuántas veces, la misma vida, y la ha de vivir aún, en el eterno recomenzar de los siglos, simbolizado por la serpiente que se muerde la cola...

Pero —exclamó el doctor—basta por hoy de filosofías. Necesita usted alimentarse bien y a sus horas. Son ya las ocho. Vaya a tomarse los mismos huevos pasados por agua y la misma leche que se ha bebido usted en tantas otras existencias idénticas.



EL «ÁNGEL CAÍDO»

Cuento de Navidad dedicado a mi sobrina
María de los Ángeles

Érase un ángel que, por retozar más de la cuenta sobre una nube crepuscular teñida de violetas, perdió pie y cayó lastimosamente a la tierra.

Su mala suerte quiso que, en vez de dar sobre el fresco césped, diese contra bronca piedra, de modo y manera que el cuitado se estropeó un ala, el ala derecha, por más señas.

Allí quedó despatarrado, sangrando, y aunque daba voces de socorro, como no es usual que en la tierra se comprenda el idioma de los ángeles, nadie acudía en su auxilio.

En esto acertó a pasar no lejos un niño que volvía de la escuela, y aquí empezó la buena suerte del caído, porque como los niños sí suelen comprender la lengua angélica (en el siglo XX mucho menos, pero en fin), el chico se allegó al mísero y, sorprendido primero y compadecido después, le tendió la mano y le ayudó a levantarse.

Los ángeles no pesan, y la leve fuerza del niño bastó y sobró para que aquel se pusiese en pie.

Su salvador le ofreció el brazo y se vio entonces el más raro espectáculo: un niño conduciendo a un ángel por los senderos de este mundo.

Cojeaba el ángel lastimosamente, ¡es claro! Le aconteció lo que acontece a los que nunca andan descalzos: el menor guijarro le pinchaba de un modo atroz. Su aspecto era lamentable. Con el ala rota, dolorosamente plegada, mancha dode sangre y lodo el plumaje resplandeciente, el ángel estaba para dar compasión.

Cada paso le arrancaba un grito; los maravillosos pies de nieve empezaban a sangrar también.

—No puedo más —dijo al niño.

Y este, que tenía su miaja de sentido práctico, le respondió:

—A ti —porque desde un principio se tutearon—, a ti lo que te falta es un par de zapatos. Vamos a casa, diré a mamá que te los compre.

—¿Y qué es eso de zapatos? —preguntó el ángel.

—Pues mira —contestó el niño mostrándole los suyos—: algo que yo rompo mucho y que me cuesta buenos regaños.

—¿Y yo he de ponerme eso tan feo?...

—Claro... ¡o no andas! Vamos a casa. Allí mamá te frotará con árnica y te dará calzado.

—Pero si ya no me es posible andar... ¡cárgame!

—¿Podré contigo?

—¡Ya lo creo!

Y el niño alzó en vilo a su compañero, sentándolo en su hombro, como lo hubiera hecho un diminuto San Cristóbal.

—¡Gracias! —suspiró el herido—; qué bien estoy así... ¿Verdad que no peso?

—¡Es que yo tengo fuerzas! —respondió el niño con cierto orgullo y no queriendo confesar que su celeste fardo era más ligero que uno de plumas.

En esto se acercaban al lugar, y les aseguro que no era menos peregrino ahora que antes el espectáculo de un niño que llevaba en brazos a un ángel, al revés de lo que nos muestran las estampas.

Cuando llegaron a la casa, solo unos cuantos chicuelos curiosos les seguían. Los hombres, muy ocupados en sus negocios, las mujeres que comadreaban en las plazuelas y al borde de las fuentes, no se habían percatado de que pasaban un niño y un ángel. Solo un poeta que divagaba por aquellos contornos, asombrado, clavó en ellos los ojos y sonriendo beatamente los siguió durante buen espacio de tiempo con la mirada... Después se alejó pensativo...

Grande fue la piedad de la madre del niño cuando este le mostró a su alirroto compañero.

—¡Pobrecillo! —exclamó la buena señora—; le dolerá mucho el ala, ¿eh?

El ángel, al sentir que le hurgaban la herida, dejó oír un lamento armonioso. Como nunca había conocido el dolor, era más sensible a él que los mortales, forjados para la pena.

Pronto la caritativa dama le vendó el ala, a decir verdad, con trabajo, porque era tan grande que no bastaban los trapos; y más aliviado y lejos ya de las piedras del camino, el ángel pudo ponerse en pie y enderezar su esbelta estatura.

Era maravilloso de belleza. Su piel translúcida parecía iluminada por suave luz interior y sus ojos, de un hondo azul de incomparable diafanidad, miraban de manera que cada mirada producía un éxtasis.

—Los zapatos, mamá, eso es lo que le hace falta. Mientras no tenga zapatos, ni María ni yo —María era su hermana— podremos jugar con él —dijo el niño.

Y esto era lo que le interesaba sobre todo: jugar con el ángel.

A María, que acababa de llegar también de la escuela y que no se hartaba de contemplar al visitante, lo que

le interesaba más eran las plumas; aquellas plumas gigantescas, nunca vistas, de ave del Paraíso, de quetzal heráldico..., de quimera, que cubrían las alas del ángel. Tanto que no pudo contenerse, y acercándose al celeste herido, sinuosa y zalamera, le cuchicheó estas palabras:

—Di, ¿te dolería que te arrancase yo una pluma? La deseo para mi sombrero...

—¡Niña! —exclamó la madre, indignada, aunque no comprendía del todo aquel lenguaje.

Pero el ángel, con la más bella de sus sonrisas, le respondió extendiendo el ala sana:

—¿Cuál te gusta?

—Esta tornasolada...

—¡Pues tómala!

Y se la arrancó resuelto, con movimiento lleno de gracia, extendiéndola a su nueva amiga, quien se puso a contemplarla embelesada.

No hubo manera de que ningún calzado le viniese al ángel. Tenía el pie muy chico, y alargado en una forma deliciosamente aristocrática, incapaz de adaptarse a las botas americanas (únicas que había en el pueblo), las cuales le hacían un daño tremendo, de suerte que claudicaba peor que descalzo.

La niña fue quien sugirió, al fin, la buena idea:

—Que le traigan —dijo— unas sandalias. Yo he visto a San Rafael con ellas, en las estampas en que lo pintan de viaje, con el joven Tobías, y no parecen molestarle en lo más mínimo.

El ángel dijo que, en efecto, algunos de sus compañeros las usaban para viajar por la tierra; pero que eran de un material finísimo, más rico que el oro, y estaban cuajadas de piedras preciosas. San Crispín, el bueno de San Crispín, las fabricaba.

—Pues aquí —observó la niña— tendrás que contentarte con unas menos lujosas, y déjate de santos si las encuentras.

***

Por fin, el ángel, calzado con sus sandalias y bastante restablecido de su mal, pudo ir y venir por toda la casa.

Era adorable escena verle jugar con los niños. Parecía un gran pájaro azul, con algo de mujer y mucho de paloma, y hasta en lo zurdo de su andar había gracia y señorío.

Podía ya mover el ala enferma, y abría y cerraba las dos con movimientos suaves y con un gran rumor de seda, abanicando a sus amigos.

Cantaba de un modo admirable y refería a sus dos oyentes historias más bellas que todas las inventadas por los hijos de los hombres.

No se enfadaba jamás. Sonreía casi siempre, y de cuando en cuando se ponía triste.

Y su faz, que era muy bella cuando sonreía, era incomparablemente más bella cuando se ponía pensativa y melancólica, porque adquiría una expresión nueva

que jamás tuvieron los rostros de los ángeles y que tuvo siempre la faz del Nazareno, a quien, según la tradición, «nunca se le vio reír y sí se le vio muchas veces llorar».

Esta expresión de tristeza augusta fue, quizá, lo único que se llevó el ángel de su paso por la tierra...

***

¿Cuántos días transcurrieron así? Los niños no hubieran podido contarlos; la sociedad con los ángeles, la familiaridad con el Ensueño, tienen el don de elevarnos a planos superiores, donde nos sustraemos a las leyes del tiempo.

El ángel, enteramente bueno ya, podía volar, y en sus juegos maravillaba a los niños, lanzándose al espacio con una majestad suprema; cortaba para ellos la fruta de los más altos árboles, y, a veces, los cogía a los dos en sus brazos y volaba de esta suerte.

Tales vuelos, que constituían el deleite mayor para los chicos, alarmaban profundamente a la madre.

—No vayas a dejarlos caer por inadvertencia, señor Ángel —le gritaba la buena mujer—. Le confieso que no me gustan juegos tan peligrosos...

Pero el ángel reía y reían los niños, y la madre acababa por reír también, al ver la agilidad y la fuerza con que aquel los cogía en sus brazos, y la dulzura infinita con que los depositaba sobre el césped del jardín... ¡Se hubiera dicho que hacía su aprendizaje de Ángel Custodio!

—Es muy fuerte, señor Ángel —decía la madre, llena de pasmo.

Y el ángel, con cierta inocente suficiencia infantil, respondía:

—Tan fuerte que podría zafar de su órbita a una estrella.

***

Una tarde, los niños encontraron al ángel sentado en un poyo de piedra, cerca del muro del huerto, en actitud de tristeza más honda que cuando estaba enfermo.

—¿Qué tienes? —Le preguntaron al unísono.

—Tengo —respondió— que ya estoy bueno; que no hay ya pretexto para que permanezca con ustedes...; ¡que me llaman de allá arriba, y que es fuerza que me vaya!

—¿Que te vayas? ¡Eso, nunca! —replicó la niña.

—¿Y qué he de hacer si me llaman?...

—Pues no ir...

—¡Imposible!

Hubo una larga pausa llena de angustia.

Los niños y el ángel lloraban.

De pronto, la chica, más fértil en expedientes, como mujer, dijo:

—Hay un medio de que no nos separemos...

—¿Cuál? —preguntó el ángel, ansioso.

—Que nos lleves contigo.

—¡Muy bien! —afirmó el niño palmeteando.

Y con divino aturdimiento, los tres se pusieron a bailar como unos locos.

Pasados, empero, estos transportes, la niña se quedó pensativa, y murmuró:

—Pero ¿y nuestra madre?

—¡Eso es! —corroboró el ángel—; ¿y su madre?

—Nuestra madre —sugirió el niño— no sabrá nada... Nos iremos sin decírselo... y cuando esté triste, vendremos a consolarla.

—Mejor sería llevarla con nosotros —dijo la niña.

—¡Me parece bien! —afirmó el ángel—. Yo volveré por ella.

—¡Magnífico!

—¿Están, pues, resueltos?

—Resueltos estamos.

Caía la tarde fantásticamente, entre niágaras de oro.

El ángel cogió a los niños en sus brazos, y de un solo ímpetu se lanzó con ellos al azul luminoso.

La madre en esto llegaba al jardín, y toda trémula les vio alejarse.

El ángel, a pesar de la distancia, parecía crecer. Era tan diáfano, que a través de sus alas se veía el sol.

La madre, ante el milagroso espectáculo, no pudo ni gritar. Se quedó alelada, viendo volar hacia las llamas del ocaso aquel grupo indecible, y cuando, más tarde, el ángel volvió al jardín por ella, la buena mujer estaba aún en éxtasis.

EL HÉROE

Acababa de llegar aquella mañana a la línea de fuego.

Tenía el aspecto cansado; la fisonomía, grave y triste.

Aun cuando hablaba el francés sin acento, en su rostro, patinado por soles ardientes, traía el sello de su origen lejano.

Cuando el coronel pidió un hombre resuelto que se adelantara en pleno día hasta las trincheras enemigas y, por medio de un teléfono de campaña, le diese determinados informes (en aquel momento preciosos), él se ofreció, con cierta nerviosidad, antes que nadie.

Avanzó lentamente, reptando.

El llano interminable, escueto, glacial, sin accidentes, no ofrecía refugio ninguno.

Se concebía con pena que aquella desolación tan hosca escondiese en su seno más de dos millones de seres jóvenes, robustos; más de dos millones de vidas, de actividades, de anhelos, ahora ocupados únicamente en destruirse.

Después de un interminable arrastrarse, el hombre aquel llegó al fin a las alambradas del enemigo. Nadie lo había visto. La niebla lo ayudaba. Preparó el teléfono y se puso a comunicar sus observaciones.

Cumplida su misión, volvió hacia los suyos, con muchas menos preocupaciones, como si, hecho el deber, la vida no tuviese ya para él ninguna importancia.

Los alemanes lo habían visto y dispararon sobre él, inútilmente, muchas balas.

Sus compañeros lo felicitaron por el éxito pleno de la pequeña empresa.

Él fue a mecerse silenciosamente en su agujero.

Desde aquel día, en cuantas comisiones había peligro, él se ofrecía, taciturno, pero con no sé qué resolución premiosa.

Muchas veces se le hizo el honor de enviarle a sitios donde era temeridad permanecer cada segundo.

Pero la muerte parecía desdeñarle. Al volver, se le felicitaba siempre, y en una ocasión le prendieron en el pecho la medalla del Mérito Militar.

Sin embargo, las enhorabuenas y los aplausos se hubiera dicho que le contrariaban, y que le pesaba en el alma aquella indemnidad milagrosa.

Un día, en cierto repliegue, después de reñido contraataque, el coronel de su batallón quedó herido, cerca de las trincheras alemanas,

Lo dejaron inadvertidamente en el campo.

Se retorcía, con las piernas rotas, sin quejarse.

El hombre taciturno avanzó en medio de un chaparrón de proyectiles, impasible. Cogió al jefe en brazos y lentamente echó a andar hacia su trinchera.

Llegó con su carga adonde quería, pero con tres balas en el cuerpo.

Momentos después, moría apaciblemente.

Antes de enterrarlo, un compañero, por orden del oficial, registró sus bolsillos, a fin de enviar a su familia papeles, recuerdos.

Se le encontró una carta de América, una carta breve, despiadada en su concisión.

Amigo mío —decía la carta—: Tú me pediste siempre franqueza, aun cuando fuese brutal, según tus palabras. Ha llegado el momento de usarla.

Hace tiempo comprendiste, con razón, que yo no te amaba, que me casé contigo obligada por circunstancias dolorosas. Pero ignorabas quizá que amo a otro hombre con toda mi alma, con todas mis fuerzas... Pienso que la distancia es oportuna acaso para amortiguar el golpe que te doy... llorando, porque no soy mala, pero impulsada por un destino todopoderoso. No te pido que me perdones, porque yo en tu caso no perdonaría... pero sí que procures olvidar.

El «héroe» había muerto por esa carta, desde antes que lo mataran las balas alemanas.

El propio día que la recibió, se alistó como voluntario, pidiendo insistentemente que lo enviasen a la línea de fuego. Quería caer sirviendo a la tierra francesa, hospitalaria y bella.

Le costó trabajo lograr su deseo. Morir es a veces muy difícil. La inconsciencia perenne que solemos anhelar en nuestros momentos de cansancio y de tedio es una formidable concesión del Destino, escatimada avaramente a los que la necesitan y no quieren recurrir a la vulgaridad del suicidio.

El dolor con plena conciencia constituye quizá una colaboración misteriosa para los designios escondidos del Universo.

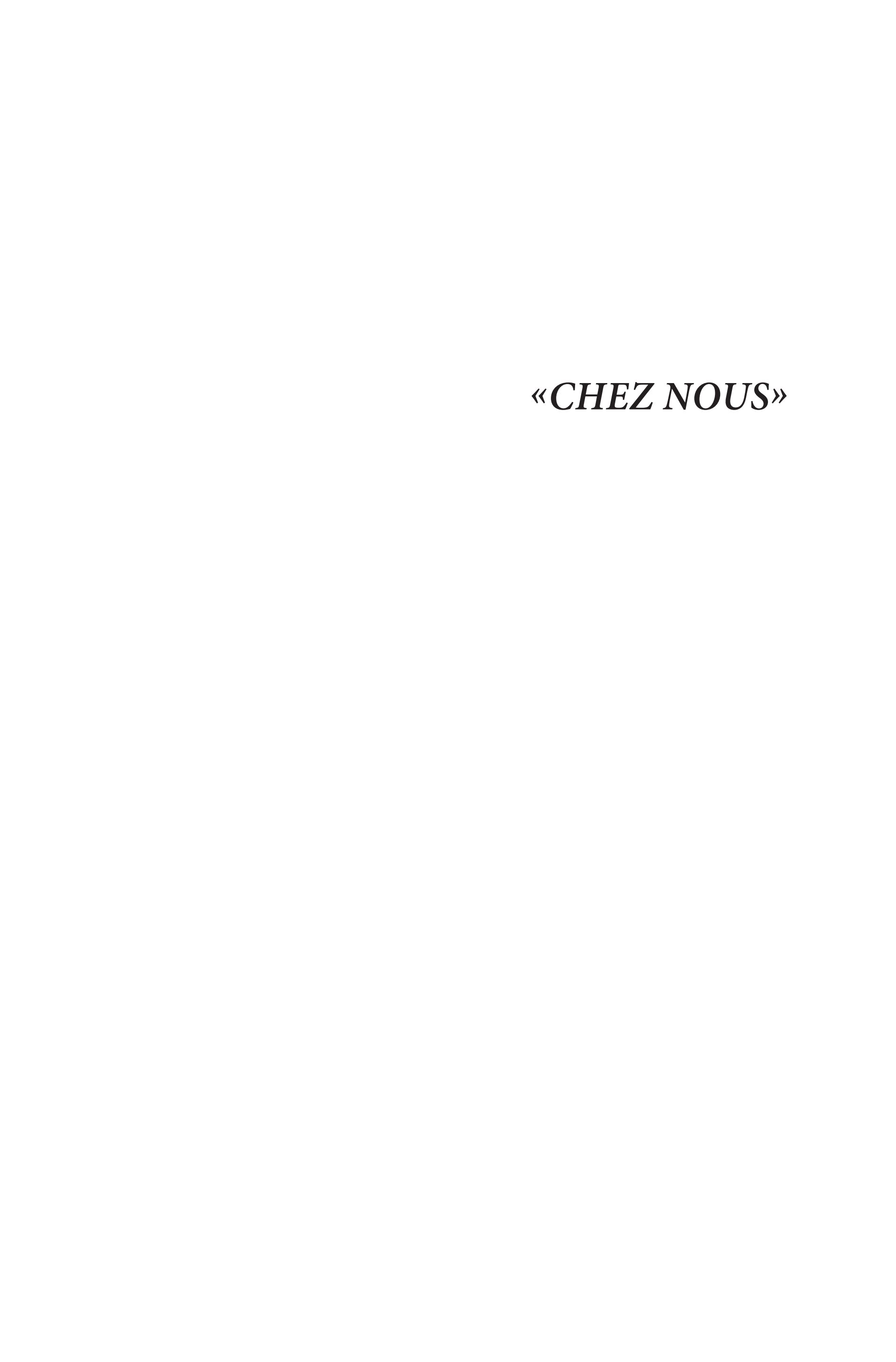
El oficial a quien entregaron la carta, después de leerla él solo, la rompió en menudos pedazos.

—Es un papel sin importancia —dijo.

Piadosamente había pensado, en un momento de lucidez cordial, que convenía dejar intangible aquella heroicidad falsa, aquella heroicidad que no había sido más que romántica desesperación, como tantas otras

heroicidades, y propuso que, sobre la sencilla cruz a cuyo amparo iba a dormir el extranjero taciturno, se pusiese esta inscripción, que los soldados de la compañía encontraron enigmática:

«Amó y murió heroicamente»



«CHEZ NOUS»

—Pero, señor, yo no le he permitido a usted que me bese...

—¡Ah, señorita! No se alarme usted, *chez nous*, es la costumbre. Los caballeros besan a las damas en la boca una vez que están presentados.

—*C'est dróle* —murmura la francesita entre incrédula y pensativa.

Un hispanoamericano fuma en un tranvía, y el conductor le reprende con la verbosa solemnidad francesa.

—Usted perdone: *chez nous*, fuma uno donde quiera.

Chez nous es el salvoconducto par excelencia, la disculpa de las disculpas, el pilatesco lavado de manos ante todas las incorrecciones.

¿Se infringe un reglamento de policía, se comete una falta de educación, se pone uno en ridículo, escandaliza uno el buen sentido del parisiense burgués?

—Pues, ustedes dispensen, *chez nous,* así se acostumbra.

Y el francés, *épaté*, se ve forzado a repetir con cierta condescendencia:

—*Qu'es ce qu'on va faire... chez lui c'est comme ça…*

Chez nous es un país fantástico que todo latinoamericano lleva en el bolsillo para uso inmediato. ¿Que descubre un defecto, una fealdad, una rutina de Paris? Pues *chez nous* es muy distinto....

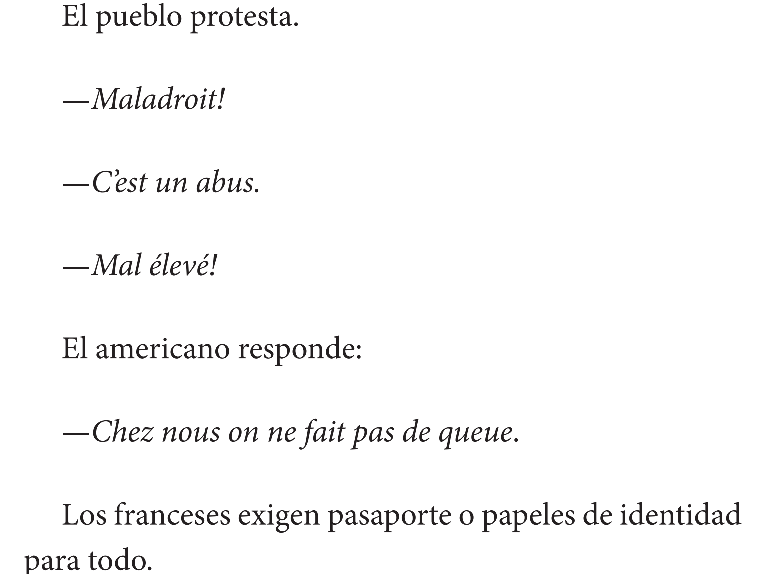
Le gusta una mujer, la sigue diciéndole más flores de las que puede contener un mocetón. La francesa se enoja, le echa en cara su proceder, y el tenorio, con un acento más seis menos pronunciado, responde ingenuamente:

—*Chez nous c'est comme ça, c'est l'habitude*.

¡Oh! cómodo y delicioso *chez nous*! Llave de oro para abrir todas las puertas, pase para cometer todas las atrocidades.

Los franceses *hacen cola* (*font la queue*) por riguroso orden de llegada para entrar a un tranvía, comprar un boleto. El hispanoamericano se adelanta

incuestionablemente, reparte dos o tres codazos, y cátalo a la vanguardia de los que esperan.



El pueblo protesta.

—*Maladroit!*

—*C'est un abus.*

—*Mal élevé!*

El americano responde:

—*Chez nous on ne fait pas de queue.*

Los franceses exigen pasaporte o papeles de identidad para todo.

El latinoamericano jamás los lleva consigo, y responde solemnemente:

—*Chez nous*, puede uno viajar sin pasaporte. Somos un país libre.

Los franceses encienden sus cigarrillos con pajuelas de azufre.

—*Ches nous*, hay cerillas magníficas.

Los franceses fuman un tabaco detestable: *Dans les cigarettes du Gouvernement français, decía no ha mucho un yankee humorista –il-y-a tout... même du tabac.*

—*Ches nous*, ¡qué espléndido tabaco!

Los tranvías parisienses caminan con lentitud.

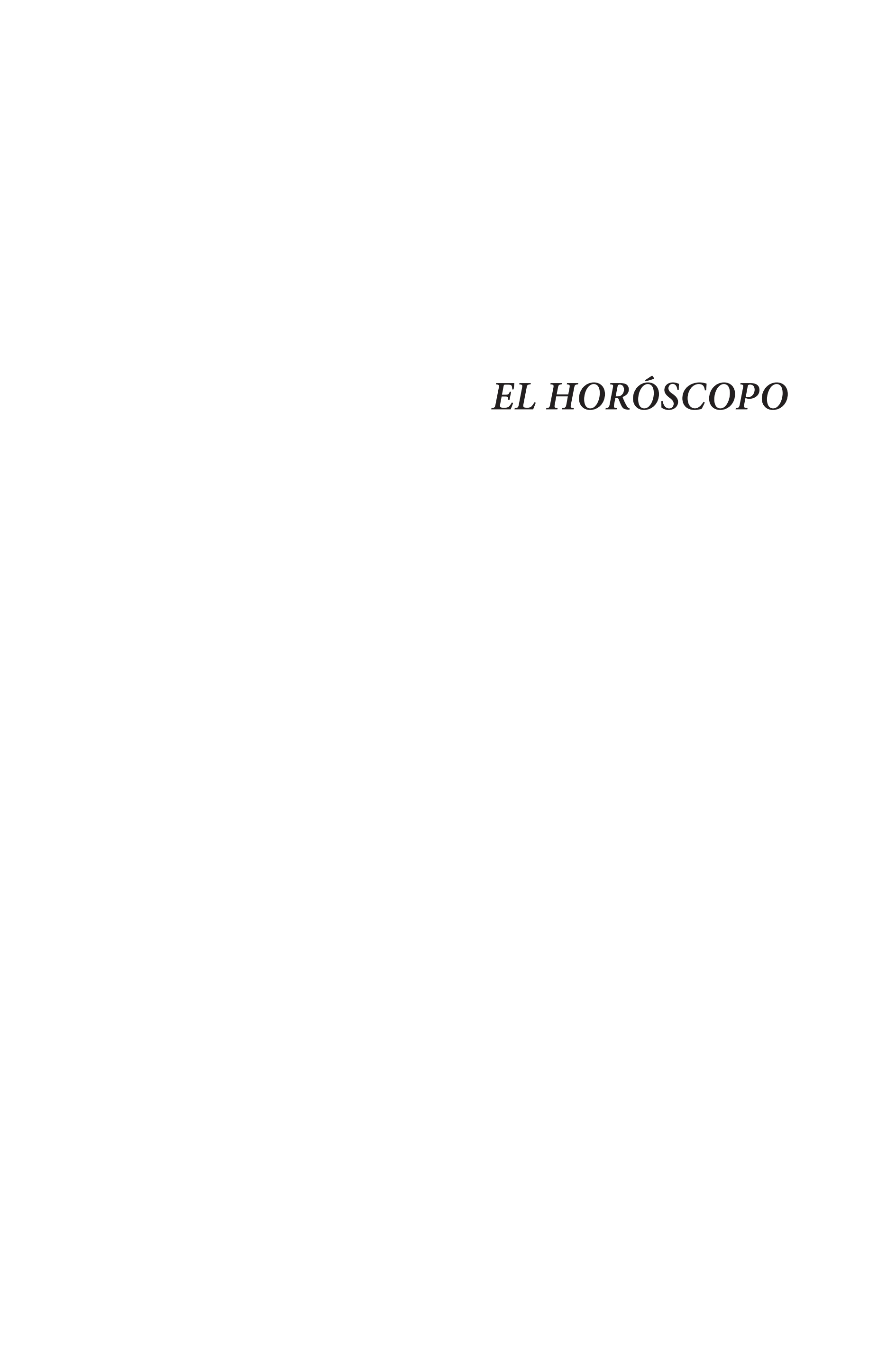
—*Ches nous*, nueve puntos bien contados.

En París las cantinas tienen terrazas. Para beber hay que sentarse.

—«¡Oh! *Ches nous*, se ingurgita uno diez coñacs, de pie, junto al mostrador. *Vous comprenez, c'est plus pratique...*».

Pero un día, las costas de Francia se desvanecen ante el regionalista viajero y, al llegar este a América, la nostalgia le recibe en la playa. Entonces.... ¡Oh! Entonces, ante la realidad implacable, ante el dorado recuerdo lejano, el hombre del *chez nous* se acaba y nace otro, otro que no cesa de repetir en medio del atraso y la miseria ambientes:

¡Oh! en París...



EL HORÓSCOPO

La quiromántica extendió las cartas.

—Veo aquí —dijo— un hombre rubio, que no le quiere a usted.

—Un hombre rubio... bueno, sí —respondió mi amigo, después de una pausa, durante la cual se puso a pensar en los hombres rubios que conocía. Y acercándose a mi oído:

—Ha de ser Pedro —me cuchicheó—; la verdad es que nunca me ha querido bien...

Añadió la hechicera:

—Un hombre rubio... joven.

Afirmó mi amigo:

—¡Claro! ¡Pedro...!

La hechicera volvió a extender las cartas en abanico, después que mi amigo las hubo partido.

—Aquí hay una mujer que piensa en usted —dijo.

—Una mujer que piensa en mí...

—Sí, una mujer de cierta edad, de estatura mediana.

—Ya, ya caigo: ¡mi hermana María!

—Probablemente: es una señora vestida de negro. (Mi amigo lleva luto).

—¡Eso es, mi hermana!

Vuelta a cortar las canas y a extenderlas:

—Trae usted un negocio en manos: un negocio que le interesa…

—¡Sí, sí; continúe usted!

—Se le presentan algunas dificultades... Veo aquí una, sobre todo. Pero las vencerá usted al fin. Hay que tener paciencia.

Mi amigo sonríe satisfecho.

—¡Admirable! —Me murmura al oído.

—Hay que tener paciencia —repite la hechicera— y cuidarse del hombre rubio.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Tendrá usted, además, que hacer un largo viaje por mar. (La hechicera sabe que mi amigo es americano). Ya ha hecho usted algún viaje de estos, penoso por cierto... El que tiene usted que hacer no dejará de serlo; pero llegará usted con bien.

Vuelve a cortar los naipes y a extenderlos.

—Veo aquí a un hombre que se interesa por usted. Está pensando en escribirle...

—¡Espléndido! —exclama mi amigo—; debe ser Antonio.

—Veo, además, una herencia en el porvenir... No puedo decirle de cuánto, ni sé si es precisamente una herencia. Pero, en fin, las cartas hablan de dinero.

Mi amigo sonríe encantado.

—Ya basta de cartas. ¿Cuándo nació usted?

—El doce de agosto de mil ochocientos setenta y tres.

—¡Magnífico! No pudo usted nacer bajo mejores auspicios... Deme usted la mano (examinándola). Tiene usted un carácter generoso... Una inteligencia despierta, lúcida... Ama usted lo bello. Las mujeres le prefieren (aunque a veces por pudor tengan que ocultarlo). Veamos la línea de la vida: es firme, segura, prolongada. Vivirá usted... ¡Ah!, aquí veo un pequeño surco transversal... ¡Accidente! ¡Posibilidad de accidente! Atienda usted a sus piernas, a su corazón y a su cabeza... Por allí puede venirle algún mal... También está usted expuesto a enamorarse... ¡Cuidado! Es usted hombre que haría una locura... Por lo demás, las líneas todas son tranquilizadoras, menos la del accidente... Tenga usted cuidado en los viajes. Se trata de un accidente que puede ocurrirle en un viaje... Solo que, a juzgar por lo incierto y débil de la línea, es accidente evitable.

La quiromántica sonríe:

—El horóscopo de usted es fácil y claro —concluye—. Nació usted bajo una favorable conjunción de astros.

Mi amigo se despide embelesado, dejándole dos luises.

—¡Estupefaciente! —exclama al salir.

Yo sonrío... como la quiromántica, y le digo:

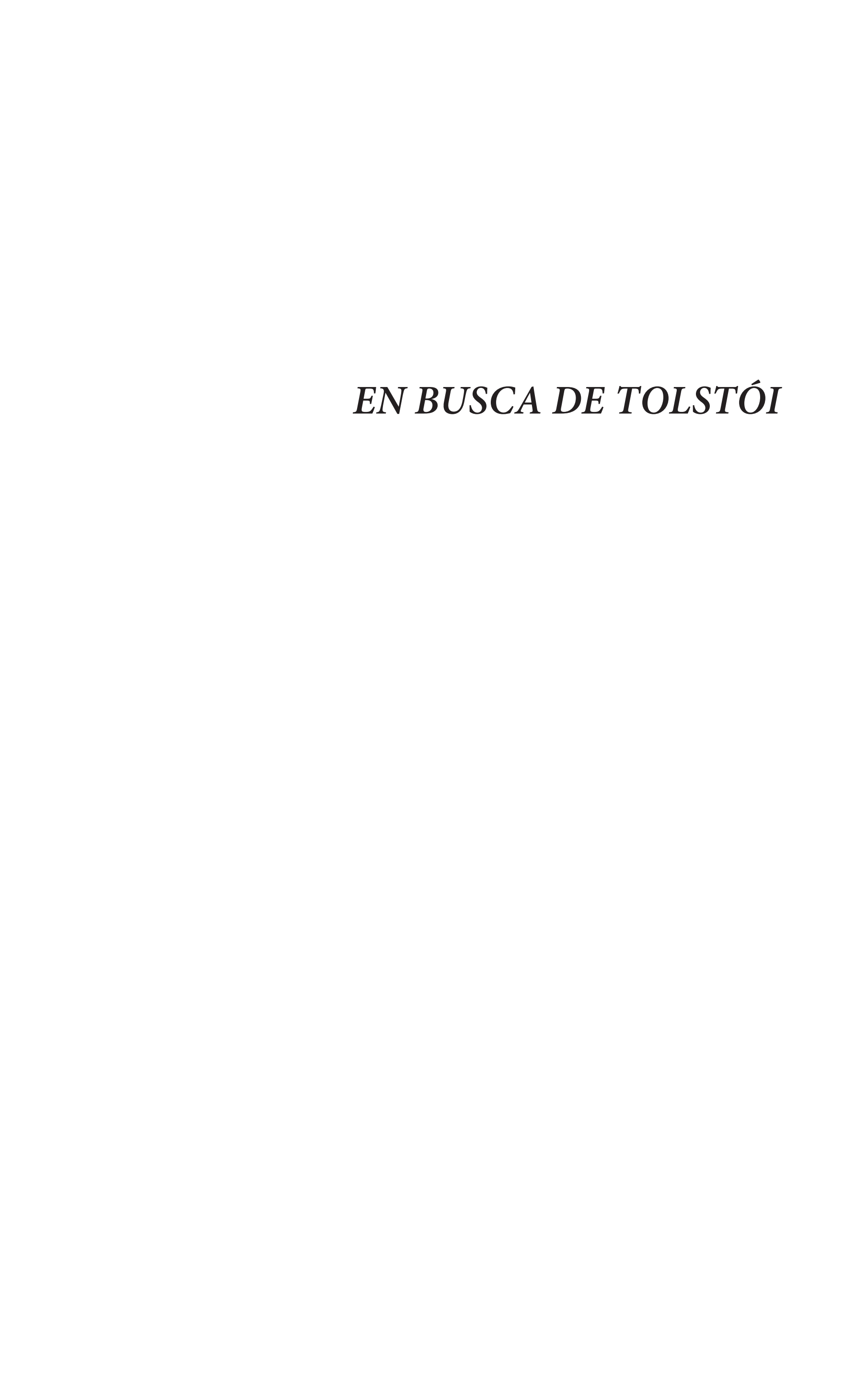
—Cierto que, según afirma Carlos Nordmann, no puede caer sobre la tierra de un jardín el pétalo de una rosa sin que se altere el ritmo de la estrella Sirio... Pero no hay duda tampoco de que no urge ir hasta Sirio para hacer horóscopos como los de una mujer...

—¿No son acaso de una sorprendente sencillez?

—¡Ya lo creo!

—Y cuánta verdad encierran, ¿eh?

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo!



EN BUSCA DE TOLSTÓI

Cierto día, en París, con un amigo solícito fui a visitar los talleres del maestro Rodin y de sus discípulos.

Se terminaban las listas de jurados, y uno de los escultores célebres de Francia nos enseñó la de Bellas Artes. En ella se leía, entre otros muchos nombres, este: *Conde Tolstói*.

—Pues qué, ¿aquí está Tolstói? —pregunté, temblando de emoción.

—Sí, acaba de llegar a París, se me respondió.

—¿Y dónde vive?

—Lo ignoro: pero va todos los días al *Grand Palais* de once a doce de la mañana.

«¡Tolstói, Tolstói! —pensaba yo, y no me llegaba la camisa al cuerpo, de puro conmovido—. ¡Conque voy a conocer a Tolstói! ¿Se habrá visto mayor fortuna? ¡Cómo van a envidiarme mis amigos de México! ¡Cuánto darían ellos —si tuviesen dinero— por conocer a Tolstói!». Y desfilaban por mi imaginación desde *La sonata de*

Kreutzer hasta la *Resurrección* con sus formidables escenas de pasión y de crimen.

Aquella noche no dormí.

Cuando se está a punto de ver a Tolstói, generalmente no se duerme.

De seguro, me decía yo, ese *ebionista* inmortal va a ordenarme:

—Amigo, dé su dinero a los pobres…

Y voy a responderle:

—Maestro, ¡afortunadamente no tengo dinero!

*

Al día siguiente, muy tempranito, ya estaba yo en pie.

Me vestí sencillamente, como conviene a uno que va a ver a Tolstói. Tomé un parco desayuno —Tolstoi no se desayuna, probablemente— y me dirigí al *Grand Palais*.

—¿Ya llegaron los jurados? —pregunté al primer conserje que hube a la mano.

—Sí, señor.

—¿Y no está con ellos Tolstói?

—No le conozco.

—Un viejo alto, de luenga barba y pobladas cejas, blancas ambas a dos, y que lleva blusa y botas.

—¿Qué, el señor Tolstói es boero?

—No, señor; ¡es ruso!

—Pues a pesar de eso, no le conozco,

—¡Qué lástima!

Afortunadamente, por ahí andaba un pintor conocido.

—Diga usted, ¿ha visto a los jurados?

—Sí; acaban de irse.

—¡No, hombre!

—¡Sí, hombre!

—Y... ¿sabe usted si estaba con ellos Tolstói?

—Sí que estaba; pero volverán mañana.

*

¡Un día más! Dios mío, ¿pues qué, sería yo tan desgraciado que no viese a Tolstói?

Y a las 10 a.m. ya me encontraba otra vez en el *Grand Palais* preguntando por el Conde.

—Está con los jurados en aquel salón (uno de los salones de la planta alta); suba usted.

Cuando subí, los jurados deliberaban en un rincón de la sala. Entre ellos había un viejecito más barbudo que un sátiro viejo.

¡Tolstói!; y sentí la necesidad de un pomito de sales para no desmayarme.

Pero no había por ahí frascos de sales, y transferí el desmayo.

Lo único que me chocaba era el aspecto y la estatura poco imponentes de Tolstói.

—¡Qué bajito! —murmuraba—. ¡Si parece un viejecito cualquiera!

¡Nada, que Tolstói no me conmovía! Tan no me conmovía, que resolví abordarlo:

—¡Maestro!...

—Monsieur.

—Permita usted a un escritor mexicano que ha encontrado en sus libros todos los estremecimientos nuevos...

—¿En mis libros?

—Sí, señor. ¿No es usted Tolstói?

—No, señor.

—Pues ¿quién es usted, entonces?

—Amigo mío, me parece que, sin ser Tolstói, puedo ser una persona decente.

—No le diré a usted que no. Pero, cuando menos, conoce usted a Tolstói.

—Lo he leído.

—¿No anda por ahí?

—¿Por dónde?

—Por ahí.

—¿Tolstói?

—Tolstói.

—No, señor.

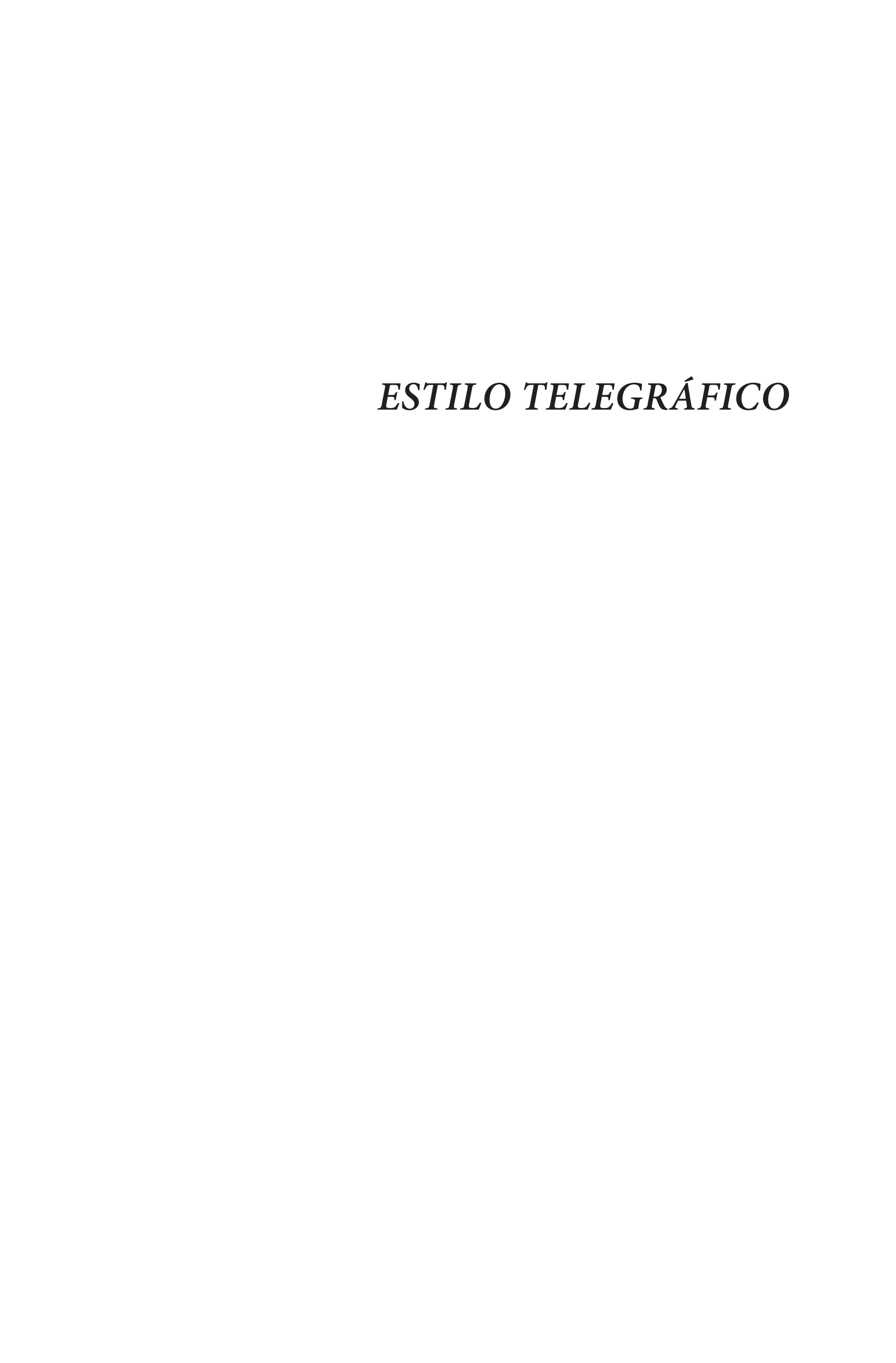
—Es que yo he visto su nombre en una lista de jurados.

—¡Ah, ya comprendo! Se trata del Conde Tolstói, primo del otro Conde, y escultor por añadidura.

—Muchas gracias.

Y, desolado, salí del *Grand Palais*, resuelto a no identificar jamás celebridades. Por eso, cuando la otra tarde alguien me dijo: «Ahí va Zola», respondí malhumorado:

—Se ha de tratar de otro Emilio Zola, primo del vero Emilio Zola, y, por añadidura..., falsificado.



ESTILO TELEGRÁFICO

Un representante del pueblo austríaco ha propuesto a sus compañeros de tareas parlamentarias, con el fin —dice— de dar una lección a los que aman la prolijidad en los discursos, que se siga en la enunciación de estos el estilo telegráfico.

«Señores —dirá un diputado que proponga, pongo por caso, el establecimiento de colonias penitenciarias—: Rateros abundan México; galoneados, portamonedas, relojes, desaparecen; rapada, duchas y Belén, ¡carabina Ambrosio! Necesitamos tente allá para esa gente. Colonias trabajarán y se enmendarán. Dicho».

Como se ve, la cosa se simplificará extraordinariamente. Cierto es que en nuestra Cámara se habla poco, y corta será la ventaja por ese lado; pero ganaremos mucho en los brindis, y ganar es; yo tengo para mí que la dispepsia tiene por origen, más que lo indigesto de los manjares que se come uno en los banquetes, lo indigesto de los brindis.

Con el nuevo procedimiento, una de esas peroraciones será, cuando menos, un telegrama largo.

«Señores —dirá la víctima de *hemorragia oratoria*—: Brindo prosperidad Club fundamos; postulo candidatura anfitrión presidente; institución progresará». Y como eso de suprimir artículos, pronombres y preposiciones no es tan fácil que digamos, el que brinda acabará por sentir la lengua como estropajo y ahí acabará la cosa, por singular gracia de Dios.

Por lo demás, este siglo está caracterizado por un cansancio prematuro de todo, aun de la divina elocuencia, y ningún estilo puede armonizar mejor con ese cansancio que el estilo telegráfico. ¿No es nuestro descubrimiento el telégrafo? ¿No ha nulificado las distancias? ¿Pues por qué no ha de nulificar la facundia? La elocuencia verdadera, el verbo de luz que deslumbra, y encadena los ánimos, tendrá mucho que deber a ese prodigioso descubrimiento de Morse. No andará ya por ahí hecho un *Ecce Homo*, un rey de burlas de restaurante en restaurante, de café en café y de cantina en cantina.

Y como en el camino de los progresos no hemos de detenernos, ¿por qué no pensar? ¡Oh!, no me desilusiones, que el estilo telegráfico llegará a tal privanza que se adoptará en los periódicos y en los álbumes. Yo sé

de ciertos editoriales políticos que ganarían mucho con la reforma. ¡Vaya si ganarían!

En cuanto a los álbumes... ¡qué dicha! Habría que suprimir los versos y pondríamos vulgaridades muy abreviadas:

«Luisita: Que en senda recorras, halles flores, no espinas».

«Mariquira: Virtudes te adornan, te hacen apreciable».

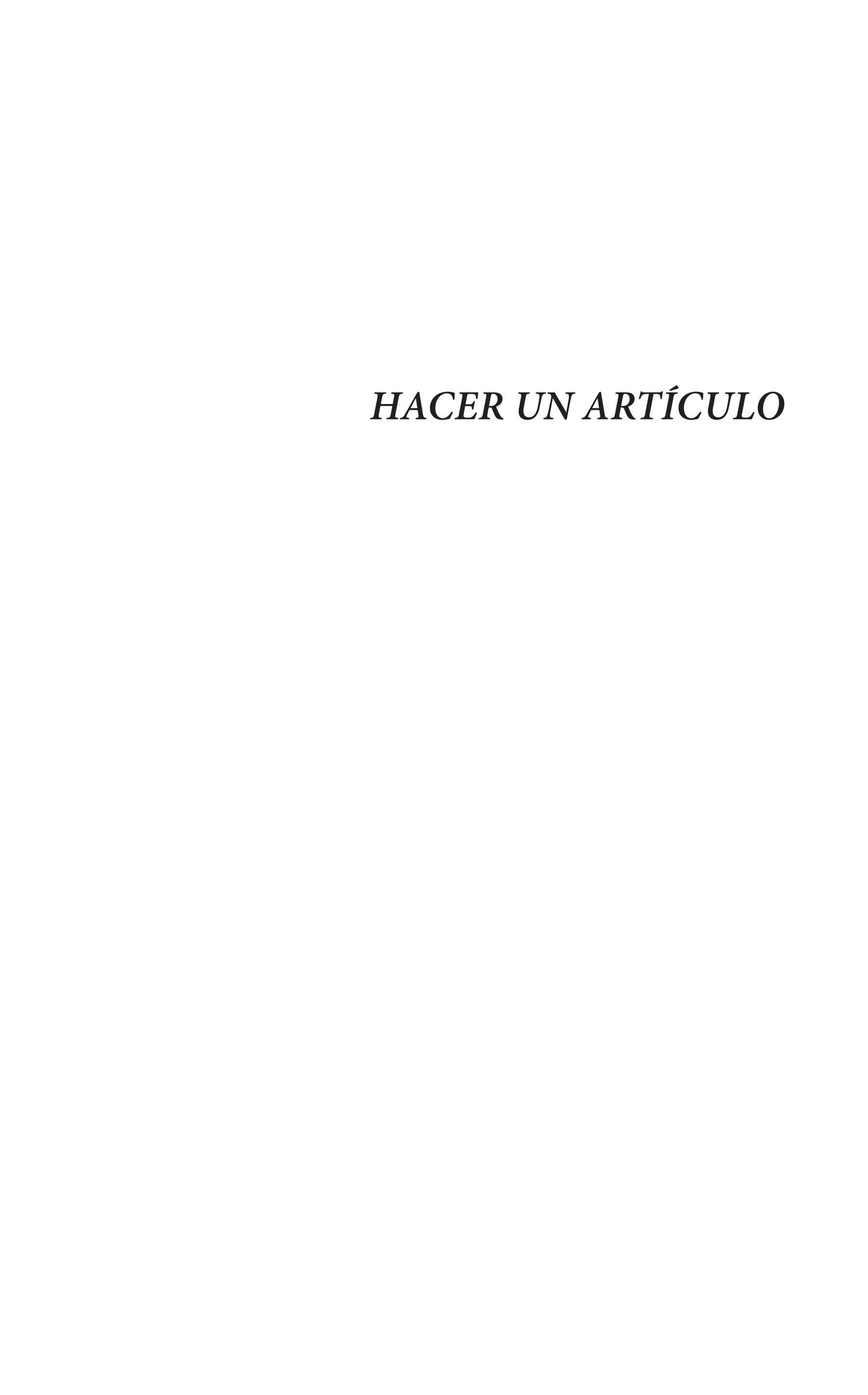
«Pachita: No tengo elocuencia Cicerón decirte lo que quiero, peto someramente aprecio encantos te dio cielo».

«Lugardita: Adornas hogar presencia. Dios te conserve bella, buena».

Et sic de coeteris.

Apuesto mis lectores, sin excepción, se adhieren reforma. ¿Verdad?

Abril 22, 1896



HACER UN ARTÍCULO

Para escribir un artículo no se necesita más que un asunto: lo demás... es lo de menos. Hay en esto del periodismo mucho de maquinal. Lo más importante es saber bordar el vacío, esto es, llenar las cuartillas de reglamento con cualquier cosa.

El periodista que es hábil en su *métier*, de nada, como Dios, hace un mundo de artículos economizando con maestría laudable su substancia gris para las grandes ocasiones, no de otra suerte que el tenor que sabe la Biblia economiza el caudal de su voz, reservándolo para el *do de pecho* que el público aguarda con impaciencia.

Decía Santa Teresa:

«Prometedme un cuarto de hora diario de oración mental, y en nombre de Jesucristo os prometo el cielo».

Y —perdóneme la Santa esta parodia— yo digo:

Prometedme un asunto diario, y en nombre de mi conocimiento del «oficio» les prometo un artículo diario: advirtiendo que no se necesita un gran asunto. Dénmelo ustedes mediano, grande o pequeño, que el

artículo saldrá, aunque su importancia, es claro, estará en proporción del tópico.

Si ustedes se achican, me achico, y si se acrecen, me acrezco.

Desplúmese, por curiosidad, un ave del paraíso, y véase lo que queda. Así exactamente, son muchos artículos de esos que agradan al público, de esos opulentos por su fraseología, de esos que divierten y aun encantan: aves del paraíso multicolores. Arranquen ustedes las plumas y hallarán... nada entre dos platos.

Esto, por lo que ve a los artículos: en cuanto a los reportazgos, la cosa es peor aún.

Supongamos que un reportero hábil, hábil ante todo, gana uno cincuenta por columna y se lanza por esas calles de Dios, resuelto a encontrar hasta debajo de la tierra tres columnas para el periódico. Como los sucesos explotables escasean, el hurón del noticierismo anda y anda sin gran provecho. En las comisarías, nada; en el Palacio de Justicia, nada; en el Ayuntamiento, nada. Total y fuerza, tras una mañana de huronear, dos noticias: un homicidio por celos y un rapto, acontecidos entre gente

del pueblo. Aquí la cuestión es más difícil; no se trata de buscar asunto, que ya lo hay, sino de vestirlo de tal manera que ocupe lugar amplísimo.

Al articulista le basta con una columna, con menos acaso. El reportero necesita tres; es decir, necesita cuatro pesos cincuenta centavos. Manos a la obra.

Empieza por el rapto:

«La raptada, Fulana de Tal, nació en un pintoresco pueblecillo del Distrito, famoso por sus flores y por su benigno clima; sus padres eran pobres, pero honrados, y ella constituía la dicha del hogar. Se levantaba cantando y se acostaba... cantando también: era muy cantadora. Su casita, blanca y aislada de las otras, se levantaba en medio de un campo baldío (por ese campo entra el drama, en forma de Juan Rodríguez o de Pedro García). La familia era dichosa: el padre guiaba la yunta, la madre hacía la comida y la hija iba por agua a la fuente. Ahí, como los hijos de los patriarcas, el tal Juan Rodríguez y la raptada en ciernes se entendieron de maravilla, y el papá de la niña, que no era buey, aunque araba, descubrió el pastel y mandó a México a la enamorada, bajo la vigilancia de la mamá. Aquí la mamá se descuidó, y una noche (el

reportero la describe con todos los colores imaginables) Juan Rodríguez o Pedro García, que para el caso es lo mismo, echaron a volar».

Sigue el reportero describiendo la desesperación de la madre, su queja a la autoridad, las diligencias de esta, el hallazgo de los «tórtolos» y, por último, la pena que se les aplicará.

En seguida, hace el cómputo de las cuartillas: dos columnas; magnífico. ¡Si tendrá él buen cálculo!

Después, la emprende con el homicidio por celos; otras dos columnas: cuatro pesos cincuenta, y dos o tres asuntos en perspectiva. El reportero enciende un cigarro y va a dar una vueltecita por Plateros.

He aquí el procedimiento de eso que se llama escribir en los periódicos. El público gusta de él, porque al público le disgustan los esqueletos y le seducen las aves del paraíso. ¡Pero que no las desplume!...

Febrero 25, 1896

“ Érase un ángel que, por retozar más de la cuenta sobre una nube crepuscular teñida de violetas, perdió pie y cayó lastimosamente a la tierra...

Colección
Lima Lee

